

La percepción estadounidense del Apartheid (1958-1988)

Hilda Varela Barraza*

Cuando Ronald Reagan asumió la presidencia de Estados Unidos, en enero de 1981, por primera vez desde que existen vínculos directos entre los gobiernos de Washington y Pretoria fue definida, al menos de nombre, la política estadounidense frente al régimen sudafricano. Bajo el concepto de **compromiso constructivo** la nueva administración afirmó que se seguiría una línea coherente con las relaciones históricas que unen a ambos regímenes y, sobre todo, con los intereses estratégicos que comparten los dos Estados.

La explotación racista en Sudáfrica comenzó en el siglo XVII, con la llegada de los primeros colonos blancos. Poco después empezaron a configurarse los rasgos estructurales que lo distinguen y lo convierten, en uno de los sistemas más brutales de explotación económica, política y social de la época moderna: la población original, de piel negra, vive en una situación muy similar a la esclavitud.

Dicho sistema, conocido desde hace 40 años como *apartheid*, produce prácticas racistas aberrantes pero, como sostiene el principal movimiento de liberación, el Congreso Nacional Africano (ANC), el problema esencial no es la discriminación racial en sentido estricto, sino la existencia de las

estructuras que históricamente han hecho posible que los negros sean explotados por una minoría blanca. Se estima que actualmente hay 24 millones de personas de piel negra y 5 millones de blancos en Sudáfrica.

Desde septiembre de 1984 la población negra protagoniza la fase más violenta e importante de la resistencia en contra del *apartheid* y algunos observadores opinan que la guerra civil en ese país está a punto de convertirse en el peor baño de sangre del presente siglo.

Desde la Segunda Guerra Mundial, el régimen de minoría blanca en Sudáfrica ha estado del mismo lado que Estados Unidos en todos los conflictos registrados a nivel mundial y abiertamente expresa un anticomunismo recalcitrante y primitivo.

El suelo sudafricano contiene extraordinarios yacimientos mineros, extraídos a muy bajo costo por una fuerza de trabajo sobreexplotada. La economía sudafricana, capitalista y altamente desarrollada, consume una mínima parte de su producción mineral y obtiene de Estados Unidos sólo el 16.5% de sus importaciones. En cambio, Estados Unidos presenta una gran vulnerabilidad ante Sudáfrica, sobre todo en cuanto a la importación de minerales estratégicos para la industria, en especial la armamentista y la aeroespacial, como el cromo, el vanadio, el uranio y los diamantes industriales, éstos últi-

mos son monopolizados por una compañía sudafricana que a nivel mundial controla la extracción y comercialización de más del 90% de la producción mundial. Estados Unidos importa de Sudáfrica más del 90% del cobalto, el 80% del platino y el 90% del cromo y del manganeso exigidos para mantener el actual ritmo de crecimiento de su industria. Sudáfrica es el primer productor mundial de oro.

Génesis de la alianza Washington-Pretoria

Los lazos que hoy en día unen a Sudáfrica con Estados Unidos tienen hondas raíces históricas y una profunda carga ideológica: el racismo. Su antecedente más significativo data de 1917, cuando fue creada la *Anglo-American Corporation of South Africa Limited* por el sudafricano Ernest Oppenheimer, con socios estadounidenses, para enfrentar el monopolio que ejercía el capital británico en la minería sudafricana. Esa fue la primera inversión norteamericana importante en el paraíso del *apartheid*, pero en Estados Unidos fue un hecho que pasó inadvertido a pesar de haber marcado el inicio de la actual alianza hegemónica entre el capital estadounidense y el sudafricano.

Las relaciones oficiales entre Sudáfrica y Estados Unidos fueron iniciadas por la administración Kennedy. Hasta 1960 la Unión Americana había manteni-

*Profesora de la Coordinación de Relaciones Internacionales.

do los contactos con la entonces colonia inglesa de la Unión Sudafricana a través de Gran Bretaña. En 1961, con la proclamación de la República Sudafricana por parte de la minoría blanca y con su retiro del *Commonwealth* Británico, el gobierno de Estados Unidos inició lo que en poco tiempo se convertiría en una influyente relación directa con el régimen de minoría blanca sudafricana.

Entre 1958 y 1988¹ han tenido lugar acontecimientos que han cambiado en forma cualitativa la historia de Sudáfrica. Por la Casa Blanca han pasado siete administraciones distintas, la oposición al *apartheid* dentro de Estados Unidos ha crecido notablemente y los grupos anti-*apartheid* dentro de Sudáfrica han adquirido una fuerza insospechada, capaz de hacer tambalear el sistema sudafricano, considerado hasta hace muy poco tiempo uno de los regímenes más estables del mundo.

Sin embargo, y sin ignorar los cambios imprimidos por las diferentes administraciones estadounidenses en su política hacia Sudáfrica, se puede apreciar en estas tres décadas la permanencia casi inalterable de la percepción que tiene Washington del sistema sudafricano. De hecho, al enunciar la administración Reagan la política del compromiso constructivo en 1981, lo novedoso consistió en el término utilizado y en el intento de una cierta formulación teórica, aunque ambigua e incoherente en muchos aspectos.

Las diferencias en la política estadounidense frente a Sudáfrica a lo largo de siete administraciones han sido fundamentalmente en

cuanto a la forma y han sido motivados debido a la presión ejercida por la evolución de los acontecimientos tanto en Sudáfrica como a nivel mundial y, en menor medida, han respondido a las características personales de las diferentes administraciones en la Unión Americana. Estados Unidos ha mantenido y consolidado en esencia la misma posición política. Desde 1986 se abrió una peligrosa fisura en la tradicional línea estadounidense frente al régimen racista. El compromiso constructivo, síntesis y símbolo de tres décadas de alianza hegemónica entre los dos regímenes, empieza a ser superado por los hechos, ante lo que podría significar el debilitamiento de la influencia del gobierno norteamericano, empantanado en sus propias contradicciones.

Ante el crecimiento incontenible de la violencia en Sudáfrica, Washington carece de soluciones para salvar una vez más al sistema sudafricano y en los últimos años ve desmoronarse irremediablemente a uno de los capitalismo más avanzados del mundo.

Entre lo aspectos que han definido la esencia de la posición oficial estadounidense frente a Sudáfrica en estas tres décadas sobresalen los siguientes:

—la percepción de Sudáfrica como un aliado vital de Occidente en la lucha contra el comunismo,

—la percepción del sistema sudafricano como democrático aunque moralmente equivocado,

—el *apartheid* como simple discriminación racial, ubicado en el terreno moral y no como un fenómeno estructural de explotación capitalista-racista,

—se percibe al *apartheid* como un "mal menor", comparándolo con la situación de los derechos humanos en los países socialistas, que supuestamente es más grave que en Sudáfrica,

—en medio de un discurso ambiguo e incoherente, hay una campaña histórica de hostigamiento en contra del principal movimiento de liberación, el Congreso Na-

cional Africano (ANC), el cual es satanizado como "títere del comunismo", con lo que se busca desacreditarlo aislarlo internacionalmente,

—un impresionante desconocimiento de la realidad histórica-política de ese país,

—una estrecha cooperación militar y económica. En este renglón destacan tres rasgos por su continuidad y por su tendencia a crecer, por lo menos hasta hace algunos años:

+el fortalecimiento de la asistencia militar a Sudáfrica,

+la coordinación de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) en las acciones anti-guerrilleras en Sudáfrica y

+la expansión de las inversiones estadounidenses en Sudáfrica.

La continuidad política frente a Sudáfrica

Con excepción de los dos primeros años del gobierno de Carter, desde Eisenhower hasta Reagan, la política estadounidense hacia el régimen sudafricano (y en general hacia Africa sudsahariana) ha estado dominada por la óptica globalista, en medio de una retórica ambigua.

Una tras otra, las diversas administraciones estadounidenses afirmaron que para su país la región de Africa austral (o sea la región sur del continente, desde Angola, Zambia y Mozambique hasta Sudáfrica) no representaba un peligro para su seguridad nacional, con la idea implícita de que Sudáfrica, con un anticomunismo virulento, cumplía la función de defender y perpetuar los intereses del capitalismo internacional. En forma paralela, la CIA se convirtió poco a poco en el portavoz y en el instrumento de la línea dura, en favor de un intervencionismo abierto en favor de la minoría blanca en Sudáfrica y en contra de los grupos opositores al régimen, percibidos como "disfuncionales" y "perturbadores".

Como la gran mayoría de los gobernantes estadounidenses, Elisen-

¹ Aunque las relaciones directas entre los dos gobiernos comenzaron en 1961, se tomó el año de 1958 como punto de partida debido a que en ese año por primera vez desde que fue creada la ONU, Estados Unidos votó en favor de una resolución de censura a la ocupación sudafricana en Namibia. Además, en ese año fue creado por el Congreso de Estados Unidos el cargo de Secretario de Estado Adjunto para Asuntos Africanos, que incluye a Sudáfrica.

hower sabía muy poco de la realidad sudafricana y probablemente lo único que tenía en claro era su posición al lado de la minoría blanca y para justificar esta opción afirmaba que el desarrollo del capitalismo sudafricano fortalecía al "mundo libre". Los lazos militares entre los dos regímenes fueron abiertamente estimulados durante la administración Eisenhower, con la realización de maniobras navales conjuntas.

En el foro de las Naciones Unidas, tras seis años de abstenciones, en 1958 Estados Unidos votó en favor de una resolución que lamentaba (sin condenar) la posición de Sudáfrica en Namibia. Esta actitud es representativa de la trayectoria seguida por Estados Unidos en la ONU en relación con Sudáfrica: se suma a las críticas moderadas en los asuntos poco relevantes, pero se abstiene o se opone cuando las resoluciones condenan aspectos esenciales de ese sistema.

Hasta marzo de 1960 no se percibía ninguna amenaza ni para la seguridad de Sudáfrica ni para los intereses de Estados Unidos en la región de Africa austral. En 1960 los disturbios de Sharpeville, la primera gran revuelta negra en Sudáfrica, sorprendieron al mundo y pusieron de manifiesto tanto la gran combatividad de la población negra como la fuerte represión, hasta entonces casi totalmente ignorada en Occidente, que caracteriza al régimen racista.

La revuelta de Sharpeville provocó el retiro de grandes inversionistas extranjeros, asustados por la posibilidad de una guerra racial en Sudáfrica a corto plazo. Fue ésta la primera gran ocasión en que los intereses capitalistas norteamericanos pusieron de manifiesto su compromiso con el régimen racista: bancos privados de Estados Unidos asumieron un papel clave para restaurar la confianza internacional en la minoría blanca, y Sudáfrica fue invadida con capitales estadounidenses. En la ONU

el gobierno de Estados Unidos condenó la violencia de la policía sudafricana, pero cinco meses después firmó un acuerdo para la instalación de tres estaciones de rastreo en Sudáfrica.

Hasta antes de los acontecimientos de Sharpeville, Sudáfrica era prácticamente desconocida en Estados Unidos y las noticias de tal revuelta conmocionaron a la población negra de ese país, entre la que empezaba a gestarse el movimiento de reivindicación de los derechos humanos que ha mediados de la década estallaría en forma violenta. Los negros norteamericanos, en los años 60, fueron especialmente sensibles a la situación en Sudáfrica y de esos días data la génesis de lo que hoy es el movimiento anti-apartheid en Estados Unidos.

Diversos autores han señalado la influencia que parece haber tenido el conocimiento de la rebeldía de los negros en Sudáfrica entre la población de piel negra en Estados Unidos y desde ahí surge, como un fantasma, el temor presente en círculos oficiales y sectores conservadores de que cualquier estallido de violencia en el país africano repercuta entre los negros de la Unión Americana.²

A raíz de las revueltas de Sharpeville, y en parte por la presión ejercida por los activistas negros en Estados Unidos, las relaciones oficiales entre Washington y Pretoria entraron en un periodo de aparente enfriamiento, caracterizado por una cierta indiferencia ante Sudáfrica, con una disminución de las declaraciones favorables al régimen de Pretoria y por un esfuerzo por hacer que los acontecimientos

en Sudáfrica pasaran inadvertidos en Estados Unidos.

Este "enfriamiento", iniciado por la administración Kennedy y que se prolongaría durante la administración Johnson, estuvo acompañado por un crecimiento de las inversiones estadounidenses. Aunque la administración Kennedy se sumó al embargo voluntario de armas en contra de Pretoria, decretado por la ONU, y votó en favor de una resolución que proponía la adopción de medidas colectivas o individuales para poner fin al apartheid, continuó en forma silenciosa la cooperación científico-militar. Estados Unidos obtuvo facilidades para establecer una estación de rastreo a cambio de la venta de armamento a Sudáfrica. Los dos gobiernos realizaron maniobras navales conjuntas, aunque para escapar a las críticas por esta actitud incoherente se dijo que tales maniobras fueron pactadas por la Marina sin consentimiento del Departamento de Estado (*sic.*)³

Aunque este trabajo incluye sólo las relaciones Estados Unidos-Sudáfrica, es importante señalar que históricamente en Estados Unidos no ha existido ni una política oficial (pese a dos intentos fallidos) y ni siquiera una estrategia definida para el continente africano y las decisiones respecto al continente se toman en momentos de crisis, como respuestas coyunturales. El primer intento por definir una política hacia Africa se registró durante la administración Kennedy. Esta tentativa, burda y ahistórica, planteaba que la descolonización en esa región daba a Estados Unidos la oportunidad "moral" para forta-

² Cfr. "Victory for voting rights activists" *Africa*, núm. 132, agosto 1982, p. 63-64; "U.S. Unions' African role", *New African*, núm. 149, enero 1980, p. 78; Pifer, Alan, "The dimensions of US policy toward South Africa" *Orbis*, vol. 25, núm. 4, 1982, p. 864; Laidi, Zakl, "Les étapes de la politique américaine en Afrique", *Problèmes Politiques et Sociaux*, núm. 387, abril 1980, p. 4; Bailey, Linda, "US blacks link with africans" *New African*, núm. 167, agosto 1981, p. 85.

³ Cfr. Jakson, Henry "La politique étrangère des Etats-Unis: du Congo à Soweto", *Afrique contemporaine*, año 6, núm. 99, sept-oct 1978, p. 8 y ss; Thompson, W. Scot "U.S. policy toward Africa: at America's service?", *Orbis*, vol. 25, núm. 4, 1982, p. 1016; Smith, Stewart *U.S. neocolonialism in Africa*. New York, International Publishers, 1974, p. 178 y ss.

lecer la incipiente democracia en los Nuevos Estados. Sin embargo, Sudáfrica no era comprendida en esta "oportunidad" por que era percibida como una democracia.

Durante la administración Johnson, y después con la administración Nixon, se acentuó el desinterés por África austral, debido en parte a la débil presencia soviética en la zona.

Sudáfrica y la "Doctrina Nixon"

A principios de la década de 1970 entró en crisis la situación en la entonces colonia británica de Rhodesia del Sur (hoy Zimbabwe) dominada por una minoría blanca orgánicamente unida a la burguesía sudafricana. Este conflicto motivó la realización de un estudio del Consejo de Seguridad, llevado a cabo por un grupo interministerial encabezado por Henry Kissinger.

El documento elaborado por ese grupo es conocido como NISDOM-39 (*National Security Decision Memorandum — 39*), cuyo texto aún se mantiene en secreto, aunque se sabe que es una aplicación para África de la llamada "Doctrina Nixon".

Según diversas fuentes, el NISDOM-39 planteaba la necesidad de dar apoyo irrestricto a las minorías blancas de Sudáfrica y Rhodesia y al moribundo colonialismo portugués en África austral. En términos de la "Doctrina Nixon", Sudáfrica sería el "socio activo" para estabilizar la región, lo que implicaba un mayor acercamiento secreto con Pretoria y, simultáneamente, un apoyo de palabra a las tesis expuestas por gobiernos africanos aliados de Estados Unidos, para evitar las críticas de tales gobiernos y la censura en los foros internacionales.

Dicho documento partía de la idea de que la minoría blanca en Sudáfrica era la pieza clave para cualquier cambio en ese país y que el triunfo revolucionario del movimiento nacionalista negro era prác-

ticamente imposible, al menos a mediano plazo, situación que debía ser aprovechada por Estados Unidos. Esta posición se tradujo en un incremento de las inversiones estadounidenses y en un reforzamiento discreto pero efectivo de la cooperación militar con el gobierno racista.⁴

Las repercusiones de la invasión sudafricana a Angola

Entre Nixon y Ford la única diferencia importante fue la abierta actitud de éste último en favor del régimen sudafricano. Durante la administración Ford, en 1975, tuvo lugar la invasión sudafricana a Angola y comenzó la presencia militar cubana en Angola, hechos que motivaron que en forma sorpresiva la relación Sudáfrica-Estados Unidos ocupara un lugar relevante para la Casa Blanca e incluso que fuese incluida en el concepto de seguridad nacional de Estados Unidos. Es importante subrayar que fue la intervención de Estados no-africanos (Cuba y la Unión Soviética) en la escena regional lo que provocó la "importancia" repentina de las relaciones entre los dos gobiernos.

La invasión sudafricana a Angola provocó el deterioro de las relaciones entre Washington y Pretoria. Según el gobierno sudafricano, previamente había consultado con la Casa Blanca acerca de la viabilidad político-militar de dicha acción y Estados Unidos se había comprometido a apoyar a Sudáfrica.

Sin embargo, en medio del escándalo provocado por la invasión sudafricana y ante las denuncias

de la prensa estadounidense acerca de los viejos lazos secretos entre la CIA y el principal grupo rebelde angoleño, el Congreso prohibió al ejecutivo cualquier forma de apoyo a los grupos disidentes angoleños y el gobierno de Estados Unidos no pudo respaldar a Sudáfrica en la agresión contra el régimen de Luanda.

A partir de entonces, las relaciones oficiales entre los dos gobiernos se volvieron más ambigüas. Aunque las inversiones estadounidenses en Sudáfrica crecieron en forma acelerada y el comercio estratégico (armas de Estados Unidos para Sudáfrica y minerales estratégicos sudafricanos para ese país) se volvió más sistemático, el discurso oficial de Pretoria en relación con la Casa Blanca asumió un tono de censura.

La entrada de los cubanos en Angola y la desaparición del "cordón sanitario" que protegía a Sudáfrica, constituido por las colonias portuguesas de Angola y Mozambique, fueron los dos elementos claves para la nueva óptica estadounidense sobre África austral: estos hechos planteaban una amenaza para la seguridad de Estados Unidos y de Sudáfrica.

Soweto: inicio de la crisis estructural sudafricana

Durante la administración Ford se registró una de las revueltas más importantes en la historia de Sudáfrica, conocida con el nombre del barrio negro de Soweto, en las afueras de Johannesburgo. En junio de 1976 la agresión policial en contra de escolares negros provocó la muerte de varios niños en Soweto. Cuando se propagó la noticia de la matanza, la primera reacción de ira dio paso a la violencia y poco a poco el país quedó convulsionado por las protestas, que terminaron semanas después, con la ocupación militar de barrios obreros y con una ola de arrestos arbitrarios, en medio del terror sembrado por el régimen.

⁴ *Cfr.* Stewart *op. cit.* p. 245-247; Laidi *op. cit.* p. 5-6; Whitaker, Jennifer S. "Les intérêts américains en Afrique", *Problèmes Politiques et Sociaux*, núm. 387, abril 1980, p. 13; Cohen, Barry et Howard Schissel, *L'Afrique australe de Kissinger à Carter*, Paris, L'Harmattan, 1977, p. 47 y ss. Cohen, Barry "U.S. African trade booming" *New African Development*, vol. 11, nd. 9, sept. 1977, p. 917.

Antes de la revuelta de Soweto, el gobierno sudafricano afirmaba que en la década de 1960 había acabado con la resistencia africana. Los disturbios de Soweto echaron por tierra ese mito y fueron tanto el inicio de una nueva etapa en la lucha contra el *apartheid*, con el desarrollo de la guerrilla, como la génesis de la crisis orgánica que sacude a Sudáfrica actualmente.

Soweto fue la voz de alarma. Antes de junio de 1976, Sudáfrica era un paraíso para las inversiones estadounidenses, que no tenían que enfrentar la amenaza de posibles nacionalizaciones, ni los riesgos de inestabilidad sociopolítica, con un movimiento sindical legalmente prohibido y severamente reprimido, con un gobierno poderoso, una fuerza de trabajo semi-exclava y abundante, con enormes riquezas naturales y con una moneda resistente, fácilmente convertible. Con Soweto empezó lentamente la caída del sistema sudafricano, hasta precipitarse en un profundo abismo que se expresa hoy en día en la crisis estructural y en el aumento incontrolable de las protestas populares.

La "nueva política" de Carter

En 1977 la administración Carter inició lo que sería el segundo intento de definición de la línea política de Estados hacia el continente africano.⁵ La llamada crisis del petróleo, que demostró la vulnerabilidad de Occidente ante la importación de recursos estratégicos producidos en áreas periféricas; el derrumbe del colonialismo portugués en África austral, con

el nacimiento de procesos populares en Angola y Mozambique; la violenta guerra de liberación en Rhodesia del Sur y sobre todo las protestas populares en Sudáfrica en 1976 (revuelta de Soweto), sirvieron de antecedente para la formulación de la llamada "nueva política" de Carter hacia el continente africano.

África austral, y en especial sudáfrica, adquirieron una nueva dimensión, con una importancia que antes no tenía en el plano oficial: la "nueva política" suponía que a mediano-largo plazo África austral se convertiría en la principal fuente de abastecimiento de recursos estratégicos para la economía yanqui, en el "pulmón" del capitalismo norteamericano. Este fugaz intento de definición política partía de un enfoque regionalista en la actuación de Estados Unidos en África austral, a diferencia de la tradicional óptica globalista que dominará la política estadounidense en dicha zona.

La "nueva política" de Carter fue una extraña combinación entre una pretendida promoción de los derechos humanos de la población negra sudafricana y la percepción del sistema racista como pilar y guardián de los intereses del capitalismo en África austral, todo esto inscrito en la política de contención al comunismo, la cual implicaba un retroceso a los años 50.

Esta combinación partía de un supuesto enfoque regionalista, pero en la práctica reducía la problemática de la zona al enfrentamiento con la Unión Soviética, en una visión globalista enmascarada en la política de los derechos humanos.

En base a la diplomacia activa y a la no intervención militar directa, Estados Unidos apoyaría a la minoría blanca sudafricana para llevar a cabo un cambio pacífico, fortaleciendo las estructuras del capitalismo local. En los primeros meses de su administración, un clérigo estadounidense, el reverendo León H. Sullivan, propuso un

código de conducta que regiría el comportamiento laboral de las empresas estadounidenses con sede en Sudáfrica. Con buenas intenciones, pero con una visión idealista, "neutra" y con criterios subjetivos, el Código implicaba dar un trato justo y "cristiano" a los obreros negros y suponía que la conducta de estas empresas serviría de ejemplo a seguir por las compañías sudafricanas.

Carter apoyó el Código Sullivan, cuya aplicación sería voluntaria, y sugirió que las inversiones estadounidenses adoptaran el papel activo en el cambio pacífico, acelerando el proceso de modernización de la economía sudafricana y convirtiendo a las industrias yanquis en ese país africano en verdaderos "isletes" en donde se respetaran los derechos humanos y "por contagio" esta práctica se iría generalizando hacia toda la sociedad local. Esta tesis, que algunos observadores afirman que fue ideada por las compañías transnacionales para justificar su presencia en Sudáfrica y para acallar las críticas de la oposición al *apartheid* en Estados Unidos, fue retomada más tarde por la administración Reagan, aunque ésta no lo reconoce.

Con el gobierno de Carter se intensificaron los contactos, sin resultado, entre dirigentes negros sudafricanos opositores al régimen y funcionarios de la Casa Blanca. La política de este Presidente frente a Sudáfrica fue mucho más ambigua de la de sus antecesores y acentuó la desconfianza de la burguesía blanca sudafricana a raíz del "abandono" estadounidense a la invasión de Angola.

La administración Carter no logró convencer a la población de piel negra sudafricana, de que su interés en la promoción de los derechos humanos era genuino. Carter, que debió su triunfo electoral en gran medida al voto masivo de la población negra, nombró como embajador de Estados Unidos ante la ONU a un discípulo de Martín Luther King, de nombre

⁵ James Carter fue el primer presidente de Estados Unidos en realizar una visita oficial al continente africano (región sudafricana). Cfr. "Repères Chronologiques", *Problèmes Politiques et Sociaux*, núm. 387, abril 1980, p. 35; "Africa and the U.S." *Africa Report*, vol. 23, núm. 1, enero-febrero 1978, p. 27; Pollto, Ennio "L'Africa nell'agenda di Carter" *Politica Internazionale*, núm. 5, mayo 1978, p. 5; Lampley, James "the U.S. and Africa. Keeping Carter on course", *Africa*, núm. 84, agosto 1978, p. 69-71.

Andrew Young. Considerado como el artífice del intento de definición política de la administración frente al continente africano, Young fue duramente satanizado por los círculos conservadores, hasta ser destituido de su cargo, por haber celebrado una reunión con el representante de la Organización para la Liberación Palestina (OLP). Carter no logró combatir el sentimiento anti-estadunidense entre los negros sudafricanos y por el contrario el caso Young sirvió para fomentar aún más la idea de que todas las administraciones norteamericanas son racistas en esencia.

Con este gobierno las relaciones oficiales entre Washington y Petroria alcanzaron su nivel más bajo en la historia, en parte por la creciente oposición no-gubernamental al *apartheid* en Estados Unidos y en gran medida por la titubeante actitud de la Casa Blanca, que oficialmente declaraba la no-interferencia directa, aunque las inversiones estadunidenses en Sudáfrica crecieron.

El movimiento anti-*apartheid* en Estados Unidos empezó a tomar fuerza durante el gobierno de Carter. Fueron semilleros de dicho movimiento los grupos activistas negros y los círculos estudiantiles y de profesores en varias universidades, extendiéndose más tarde a las iglesias, a grupos defensores de los derechos humanos y a grupos pacifistas. En esa época surgió el grupo *TransAfrica*⁶ y comenzó la campaña en favor del retiro de las inversiones estadunidenses en Sudáfrica, conocida como campaña de desinversión.

⁶ *TransAfrica* reúne a gente negra de diferentes sectores sociales (clérigos, congresistas, estudiantes, artistas, etc.). Su objetivo es cambiar la política externa de su país hacia el Caribe y África, con la defensa de la justicia para la gente negra. Con una posición liberal, está a favor del respeto a los movimientos revolucionarios en África austral. Su influencia parece haber decaído en los últimos años. Cfr. Beals, Greg, "TransAfrica: Africa's ally in Washington", *Southern Africa*, vol. XVI, núm. 3, abril 1983, p. 3-5.

Por el número de población negra, Estados Unidos ocupa el segundo lugar a nivel mundial, superado sólo por Nigeria, el país más poblado en África. Sin embargo, los negros en Estados Unidos no tienen ninguna influencia real en la elaboración y en la toma de decisiones de la política exterior de su país.

La política de Carter mostró rápidamente su falta de consistencia y su fracaso fortaleció y propició la línea dura, iniciada en los dos últimos años de su gobierno y continuada por Reagan. Al final de su administración, Carter adoptó un severo tono de crítica hacia Sudáfrica en el discurso oficial, lo que resultaba absurdo en comparación con la realidad.⁷

La agudización de la crisis sudafricana

A comienzos de la década de 1980, los servicios secretos sudafricanos prevenían que en estos años se registraría un aumento en la resistencia africana al *apartheid*, pero consideraban altamente improbable que dicha oposición planteara problemas serios para la seguridad del Estado y menos aún que provocara un cambio cualitativo en la correlación de fuerzas internas. A

⁷ Cfr. Foltz, William "La politique des Etats-Unis face aux problèmes de l'Afrique Australe", *Problèmes Politiques et Sociaux*, núm. 387, abril 1980, p. 9 y ss; Pifer *op. cit.* p. 865; Whitake *op. cit.*; Crocker, Chester "Une politique Incohérente", *Problèmes Politiques et Sociaux*, núm. 387, abril 1980, p. 27 y ss; Manning, Robert "Carter's new look team: a moderate line?", *New African*, núm. 155, agosto 1980, p. 74-75; Mazrui, Ali "Africa between Republican and Democratic administrations", *Africa Report*, vol. 26, núm. 1, enero-febrero 1981, p. 46-47; Lampley *op. cit.* Manning, Robert "Chilly wind from new Cold War" *New African*, no. 151, marzo 1980, p. 72-73; Manning, Robert "U.S. African policy: can Carter maintain momentum?" *New African Development*, vol. 11, núm. 2, febrero 1977, p. 125; Deutsch, Richard "Carter's Africa policy shift", *Africa Report*, vol. 25, núm. 3, mayo-junio 1980, p. 15 y ss.

grandes rasgos, este análisis era compartido por la CIA.

Sin embargo, a mediados de la década, los servicios secretos sudafricanos y los grandes consorcios transnacionales presentaron un cuadro sombrío y totalmente diferente al de 1980 acerca del futuro de Sudáfrica, marcado por el auge extraordinario de la combatividad de la población negra contra el sistema, en un contexto definido como pre-revolucionario y en medio de una incipiente guerra civil, protagonizada por las masas, cuya fuerza había sido menospreciada por el régimen racista y por el informe NISDOM-39.

En la raíz del cambio cualitativo que se está operando en Sudáfrica hay una serie de factores que en forma dialéctica son los generadores del cambio y al mismo tiempo son expresión del grado de descomposición alcanzado por el sistema racista. Entre esos elementos destacan la crisis orgánica de la clase dominante, el crecimiento y radicalización de la resistencia africana y el contenido más crítico y político de la oposición internacional al *apartheid*.

En este contexto se ubican las reformas impulsadas por el gobierno de Pretoria, que buscan modernizar la estructura económica para seguir el paso del desarrollo capitalista del país y tienden hacia la creación de una nueva fase de acumulación. El desarrollo interno exige aplicar nuevas modificaciones en las prácticas racistas, para reactivar al sistema, manteniendo la esencia de la explotación racista.

El compromiso constructivo: una política con el sello Reagan

Hay dos aspectos relevantes que definen a la administración Reagan en su relación con África austral: es la que más abiertamente ha reconocido su opción globalista, en la que esa región es vista a partir de los intereses regionales de Sudáfrica y del conflicto Este-Oc-

cidente, y además se distingue por su claro desconocimiento de la realidad africana.

Un académico estadounidense afirma que salvo el secretario adjunto para Asuntos Africanos, Chester Crocker, los altos funcionarios del actual gobierno ignoraban que en Sudáfrica los negros no tenían derechos de voto. Es ampliamente conocida la frase: lo único que sabe Reagan de África austral es que él está del lado de los blancos.

Suele atribuirse a Crocker la paternidad de toda la estrategia de la administración hacia África austral; es un académico neo-conservador, especializado en asuntos africanos y hasta 1979 trabajaba en el Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales de la Universidad de Georgetown, en Washington. Antes de entrar a la administración Reagan, era ampliamente conocido por sus críticas a la posición "ilógica" de Carter hacia Sudáfrica. Crocker es partidario de incrementar las inversiones en Sudáfrica, en pro de las compañías transnacionales y de las relaciones estrechas con el régimen sudafricano. También es conocido por su postura intransigente respecto a los gobiernos revolucionarios de África austral, en especial el de Angola.

El compromiso constructivo parte de la idea de que con una política de "pequeños pasos" se puede llegar a provocar que Sudáfrica en forma voluntaria abandone las prácticas de segregación racial. Esta línea sostiene que las acciones coercitivas contra Pretoria, lejos de favorecer el cambio, lo obstaculizan y atentan contra la estabilidad del régimen sudafricano. El enemigo en África austral, según esta óptica, es el comunismo y Sudáfrica es una pieza clave en el combate al "aventurerismo soviético". De esta forma, en

tanto que aliado estratégico, el apoyo a Sudáfrica es visto por la Casa Blanca como una cuestión de principios.

Entre las metas que se planteaba la administración Regan al subir al poder en su política exterior, estaba la de demostrar a los gobiernos, tradicionalmente amigos de Estados Unidos, que Washington era un socio confiable. En el caso de Sudáfrica esta finalidad parecía ser la más importante: debía recuperar la confianza perdida de la burguesía blanca sudafricana, tratando de corregir errores cometidos por administraciones pasadas y fortaleciendo la economía y la política de Pretoria. Washington adoptaría una posición "respetuosa" frente a su aliado, sin recomendarle conductas a seguir.

La preocupación más clara, y que demuestra la continuidad en relación con las administraciones pasadas en esta estrategia, era la de evitar, a todo costo, el estallido de la violencia racial en Sudáfrica, situación que puede desencadenar un conflicto internacional en gran escala, en cuya vorágine podría quedar envuelto Estados Unidos, y, sobre todo, por las repercusiones que un conflicto de esta naturaleza podría tener entre la población negra estadounidense.

La estrategia reaganiana se basa en que Estados Unidos debe ejercer su influencia en Sudáfrica para imponer su liderazgo moral mediante el fortalecimiento de la democracia, la empresa privada y el combate a la discriminación racial. Concibe como agentes dinámicos del cambio pacífico a las compañías transnacionales de origen estadounidense, que deberán favorecer a su vez la iniciativa privada local. Esta tesis tiene profundas raíces: Estados Unidos quiere que Sudáfrica vuelva a ser el paraíso de las inversiones, que el régimen de Pretoria garantice el acceso rápido y seguro a los recursos minerales en toda la zona de África austral y por último que se impida

el avance soviético.

Las inversiones estadounidenses más importantes en África se concentran en el país del *apartheid*: entre 1960-1976 el ritmo de crecimiento de las inversiones estadounidenses en dicho país fue superior al 70%, en el mismo periodo el ritmo de crecimiento de las inversiones estadounidenses en el resto del continente africano fue del 7%. Entre 1975-1980 el ritmo de crecimiento del capital yanqui en Sudáfrica fue del 90%. Hasta 1980, Sudáfrica figuraba entre los 10 países más atractivos a nivel mundial para los inversionistas. De las 50 compañías estadounidenses más fuertes, 29 operaban en Sudáfrica hasta 1984, con un carácter marcadamente monopólico.

El Código Sullivan para el comportamiento de empresas norteamericanas en Sudáfrica, vigente desde 1977, ha tenido nulos resultados. El "contagio" democrático de las compañías sudafricanas, que Carter suponía que tendría lugar a corto plazo, aún no surge. El Código es adoptado en forma voluntaria por las empresas y más del 20% de las que operan en Sudáfrica no se han adherido a él, pero aun suponiendo que todas lo siguieran, sería una minúscula parte del total de la fuerza productiva negra calculada en más de 7 millones de personas. Hasta 1984, año en que empezó el retiro de capital estadounidense de ese país, se calculaba que unos 70 mil obreros negros sudafricanos trabajaban para empresas norteamericanas.

Por último surge una interrogante: ¿será que la gran mayoría de los estadounidenses de piel negra opina que las compañías norteamericanas son ejemplo en el trato justo y anti-racista?⁹

⁹ Cfr. Whitaker *op. cit.* p. 13-15; Laidi *op. cit.* p. 5-6; Willers, David "The desinvestment debate", *Africa Report*, vol. 27 núm. 5, sept-oct 1982, p. 47-49; Crocker, Chester, Mario Greznes and Robert Henderon "A U.S. Policy for the 80's", *Africa Report*, vol. 26, núm. 1, enero-febrero 1981, p. 10; Blumen-

⁸ Cfr. Kitchen, Helen "On safari-again", *Orbis*, vol. 25, núm. 4, 1982, p. 858.

El problema en Sudáfrica no es de discriminación racial en sentido estricto, sino que el sistema sudafricano está cimentado en la explotación capitalista-racista que conlleva formas aberrantes de discriminación, pero es absurdo buscar eliminar las expresiones de un fenómeno sin atacar sus raíces. El problema no radica en el trato que las compañías de Estados Unidos da a los obreros negros sudafricanos, sino en que objetivamente su presencia sustenta al régimen para continuar con el *apartheid*.

La política de favorecer las inversiones privadas en Sudáfrica (y en general en África austral) es manejada con un sentido casi mágico, pero a pesar de que en Sudáfrica la penetración del capital estadounidense data de la década de 1910 hasta el momento no ha provocado ninguna alteración sensible en el proceso económico y político sudafricano. En dicho país, precisamente por la naturaleza y especificidades de la explotación racista, el único sector interno con capacidad para acumular e invertir es la minoría blanca.

Esta posición —en pro de la iniciativa privada como panacea de todos los males— en referencia a Sudáfrica tiene que ser ubicada en el contexto de la polémica planteada entre los que apoyan las inversiones y los que proponen una política de desinversión. Objetivamente, los capitales estadounidenses (y extranjeros en general) han sido los principales pilares de la economía sudafricana y por ello

algunos sectores liberales propugnan por su retiro total en ese país, como un instrumento de presión.

La administración Reagan sostiene que las reformas aplicadas por el gobierno de P.W. Botha son esfuerzos serios y honestos para suprimir la segregación racial, pero no es una tarea fácil y enfrenta las dificultades de la elaboración de instituciones multirraciales. En este sentido, las inversiones estadounidenses, según Reagan, crean empleos para la mano de obra negra y por eso la desinversión es contraria al cambio social y repercutiría en forma negativa en la situación de los negros y en la seguridad nacional de Estados Unidos, pues acentuaría peligrosamente la crisis económica sudafricana.

La campaña en favor del retiro de los inversionistas norteamericanos, iniciada hace una década, empieza a dar frutos. Actualmente 35 ciudades han adoptado legislaciones que prohíben compras con fondos públicos a compañías que operan en Sudáfrica. En varios Estados de la Unión Americana existen legislaciones y proyectos de ley que a mediano plazo fortalecerán dicha campaña.

En 1984 comenzaron a retirarse algunos consorcios comerciales y bancarios estadounidenses de Sudáfrica. Esta situación se explica como un retiro voluntario, aunque es forzado por las circunstancias, debido a que el aumento de las protestas populares contra el régimen racista, aunado a la crisis estructural del sistema, a la descomposición orgánica de la clase dominante sudafricana y, en menor medida, por el temor de ser objeto de campañas de boicot a nivel interno en Estados Unidos, han convertido a Sudáfrica en un país altamente riesgoso para las inversiones.

Más de 80 empresas estadounidenses importantes se han retirado de Sudáfrica, entre las que figuran *Eastman Kodak*, *Coca-Cola*, *General Motors*, *IBM*, *Honeywell*, *Exxon* y *Xerox*, con una desinversión superior a los 300 mil

millones de dólares. En el mismo periodo, 37 bancos norteamericanos, encabezados por el *Chase Manhattan Bank*, el tercer banco más fuerte de Estados Unidos, han prohibido préstamos, incluso a intereses privados, en Sudáfrica.

La alta jerarquía de las 52 compañías transnacionales de origen estadounidense que operan en Sudáfrica han celebrado entrevistas con el ANC, a pesar de la oposición del régimen de Botha. Estas empresas intentan lograr una negociación con los que a su juicio serán, tarde o temprano, los que dirijan el destino de Sudáfrica. Estas transnacionales presionan al régimen sudafricano, no por que les preocupe la situación de la mayoría negra, sino por que temen ser afectados en lo que más les duele, en sus ingresos.¹⁰

Las sanciones contra Sudáfrica

Los cuatro primeros años de Ronald Reagan en la Casa Blanca se caracterizaron por una actitud permisiva frente a las atrocidades cometidas por el régimen de Botha en su campaña de represión, interna y regional; por un fortalecimiento de la alianza hegemónica entre los dos Estados y por declaraciones incoherentes por parte del mandatario estadounidense que expresan un desconocimiento asombroso de la situación en ese país africano y su posición acrítica en favor de la minoría blanca, declaraciones que en ocasiones fueron de alguna forma corregidas por funcionarios gubernamen-

feld, Jesmond "South Africa: economic responses to international pressures" *The World Today*, vol. 41, núm. 12, diciembre 1985, p. 218 y ss; "U.S. tops in South Africa's 1980 trade", *Africa Report*, vol. 26 núm. 5, sept-oct 1981, p. 23; Abdul-Rahim, Salih "Washington's growing alliance with apartheid", *Southern Africa*, vol. XVI, núm. 2, marzo 1983, p. 17-18; Sullivan, León "The Sullivan Principles and change in south Africa", *Africa Report*, vol. 29, núm. 3, mayo-junio 1984, p. 48-50; Booker, Salih "The other engagement" *Africa Report*, vol. 31, núm. 1, enero-febrero 1986, p. 50

¹⁰ Cfr. Willers, *op. cit.*; Fierce, Milfred C. "Looking back at South Africa: time running out", *Africa Report*, vol. 29, núm. 3, mayo-junio 1984; Wilkins, Roger "Demonstrating our opposition" *Africa Report*, vol. 30, núm. 3, mayo-junio 1985, p. 29-32; Manning, Robert "Toward constructive disengagement?" *Africa Report*, vol. 30, núm. 5, sept-oct 1985, p. 82-85; Zinn, Kenneth "US-South Africa: a fusion of interests", *Southern Africa*, vol. XV, núm. 2, septiembre 1982, p. 13; Fams, Patricia Lee "Mass divest. A campaign that worked" *Southern Africa*, vol. XVI, núm. 3, abril 1983, p. 26-27.

tales.¹¹ Esta situación exacerbó el sentimiento anti-estadunidense en el continente africano y aceleró la maduración y crecimiento del movimiento anti-*apartheid* en Estados Unidos.

Al seno del Congreso de Estados Unidos se multiplicaron las discusiones, los proyectos de ley y las censuras a la política oficial frente al régimen de Botha y alcanzaron un nivel sin precedente. Al comenzar el segundo periodo de Reagan en la Casa Blanca la política hacia Pretoria seguía siendo definida como compromiso constructivo.

La oposición al compromiso constructivo en Estados Unidos proliferó tanto en sectores liberales como en círculos conservadores, dentro y fuera del gobierno. Destacó la acción realizada por una coalición de grupos activistas en favor de los derechos humanos, sindicatos, asociaciones religiosas y universitarias opuestas al compromiso constructivo y favorables a la imposición de sanciones a Sudáfrica. Esta coalición, llamada *Free South Africa Movement*, inició en noviembre de 1984 una campaña en Nueva York, Washington, Boston, Los Angeles, Mobile y Seattle frente a los consulados a la embajada de la República Sudafricana. La ley en Estados Unidos prohíbe las manifestaciones frente a represen-

taciones de países extranjeros y muchas personas fueron detenidas. Es importante mencionar que esta campaña, que se prolongó a lo largo de varias semanas, estaba organizada de forma tal que cada día participaban en la protesta callejera diferentes personalidades, desde políticos hasta artistas, por lo que prácticamente todos los días hubo una figura conocida arrestada brevemente por la policía, hecho ampliamente divulgado por la prensa local e internacional.

Los medios de comunicación masiva, en especial la televisión, han jugado un papel decisivo en el crecimiento de la oposición estadounidense al régimen de Botha. Hasta que entró en vigor la censura informativa en Sudáfrica, la más severa a nivel mundial según fuentes estadounidenses, en los hogares de la Unión Americana podían verse a diario los combates callejeros en Sudáfrica, la represión brutal desplegaba por las fuerzas policiaco-militares y la situación de miseria en la que viven los negros en ese país africano. El discurso oficial de Reagan justifica cualquier exceso y quiso hacer creer a sus ciudadanos que las imágenes transmitidas por la televisión no reflejaban la realidad, pero una imagen habla más que mil palabras.

En este renglón otro hecho determinante fue la nominación de Desmond Tutu para el Premio Nobel de la Paz 1984. Si bien Nelson Mandela es el líder africano más popular dentro de Sudáfrica; en Estados Unidos y en Europa Occidental es más conocido el obispo anglicano Tutu. Al otorgarle el Nobel, Occidente intentó fortalecer a la opción más moderada en ese país y la fama de Tutu creció en tal grado que hoy es calificado por la prensa occidental como el portavoz de la población africana en el país del *apartheid*, en una actitud que demuestra, ya sea el desconocimiento de la situación sudafricana, o bien un intento de manipulación de los hechos, distorsionando la

realidad.

Entre los opositores al régimen racista en Sudáfrica hay amplios sectores que rechazan la línea política de Tutu. Pese a su ideología moderada, Pretoria lo considera un subversivo y desde hace algún tiempo el gobierno tomó una actitud irracional y agresiva contra el obispo, quien en los últimos meses ha empezado a mostrar una notable evolución. Y sus críticas tienen un contenido más político, que se aleja de su tradicional idealismo metafísico.

Estos hechos crearon entre la población estadounidense la idea de que era necesario hacer algo para detener el *apartheid*. Esta presión desembocó a nivel de Congreso en propuesta para aplicar sanciones a Pretoria. La administración Reagan se había mostrado reacia a tales medidas, argumentando que perjudicarían más a la población negra y a los países vecinos de Sudáfrica que a la minoría blanca. Además sostenía que estas acciones podían destruir la economía capitalista local, desestabilizar al régimen y obstaculizar la influencia "benéfica y negociadora" (*sic.*) ejercida por la Casa Blanca sobre Pretoria.

Ante la fuerza de una opinión pública interna cada vez más interesada en Sudáfrica, que presionaba a sus representantes electos en el Congreso, la Casa Blanca intentó aplicar un paquete de sanciones moderadas, con el fin de evitar medidas más radicales por parte del Congreso. Este intento fue anulado por la presión opositora al compromiso constructivo y anulando toda posibilidad de que la administración Reagan impidiera las sanciones, en octubre de 1986, el Congreso aprobó un paquete de sanciones contra el régimen de Botha, las más severas adoptadas por un país occidental en contra de Sudáfrica.

¿Fin del compromiso constructivo?

El segundo periodo de Reagan en

¹¹ Cfr. "Le certezze perdute della diplomazia di Reagan", *Politica Internazionale*, año X, núms. 11-12, noviembre-diciembre 1982, p. 61; Omondi wa Radoli "Reagan's more guns and less butter policy", *Africa*, no. 128, abril 1982, p. 48-50; Coker, Christopher "The United States and South Africa: can constructive engagement succeed?" *Millenium*, vol. 11, núm. 3, 1982, p. 224 y ss; Kitchen *op. cit.*; Pifer *op. cit.*; Seiler, John "Has constructive engagement died?" *Orbis*, vol. 25, núm. 4, 1982, p. 867 y ss; Gilpin, Susan "Reagan's private sector thrust", *Africa Report*, vol. 27, núm. 1, enero-febrero 1982, p. 51; Zinn *op. cit.*; Fierce *op. cit.*; Shultz, George "Toward a new Foreign Policy", *Africa Report*, vol. 31, núm. 5, sept-oct 1986, p. 16-19; Shultz, George "Southern Africa: hopes for the future", *Africa Report*, vol. 32, núm. 1, enero-febrero 1987, p. 15-19.

el poder suponía la continuación del compromiso constructivo como línea de acción. Aunque oficialmente éste no ha sido descalificado, a pesar de declaraciones gubernamentales en el sentido de que estaba siendo revisado, los hechos demuestran que en 1988, a unos cuantos meses de terminar la administración Reagan, es una política moribunda. O tal vez muerta.

Entre estos hechos destacan la desinversión *de facto* que se registra desde 1984; los debates en el Congreso de Estados Unidos, la revuelta popular que desde septiembre de 1984 y hasta la fecha sacude a ese país africano; el primer encuentro público de alto nivel entre la administración Reagan y el ANC; y, por último, el hecho más espectacular fue la adopción de sanciones contra el gobierno de Botha en octubre de 1986.

El fracaso más notable del compromiso constructivo es el auge incontenible de la revuelta popular sudafricana, ya que la "diplomacia persuasiva" de Reagan tenía como principal objetivo el control del modelo de cambio social en Sudáfrica, impidiendo que la crisis estallara en violencia popular, que puede convertir a ese país en el mayor baño de sangre del presente siglo. Reagan quería evitar sobre todo, la posibilidad de un cambio revolucionario. Ni el Congreso de Estados Unidos ni los principales órganos gubernamentales de dicho país (el Pentágono, el Consejo de Seguridad, el Departamento de Estado, la Casa Blanca, la CIA) tienen una respuesta ante la violencia en Sudáfrica. Existe un creciente temor de que conforme se agudiza el deterioro socio-político en Sudáfrica, en medio de la radicalización de la resistencia africana, menor es la posibilidad de un entendimiento entre Washington y los líderes negros sudafricanos representativos a nivel popular. Este temor es ahondado por la erosión de la influencia ejercida por Washington entre la burguesía

blanca sudafricana, fracturada internamente y con una enorme desconfianza frente a su aliado histórico, Estados Unidos.

En julio de 1986 Regan compareció ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado para hablar exclusivamente de la política hacia Sudáfrica. Es la primera vez que un presidente de Estados Unidos pronuncia ante un órgano gubernamental un discurso consagrado sólo a tratar temas africanos. Un día después habló ante el mismo Comité el secretario de Estado, George Shultz. En los dos discursos fue cuidadosamente evitado el término de compromiso constructivo y, en lo que representa un cambio significativo, se definió lo que la Casa Blanca piensa que debe hacer el gobierno de Botha para lograr el cambio pacífico. Hasta esa fecha, el régimen de Reagan nunca había formulado comentarios acerca de lo que Sudáfrica debía hacer, hecho que se opone al espíritu del compromiso constructivo.

En este sentido, la administración Reagan afirmó que Sudáfrica debe establecer fechas límite para la eliminación de las leyes racistas, liberar a los presos políticos, levantar la prohibición que pesa sobre los grupos políticos disidentes y por último iniciar de manera urgente un diálogo para "construir un sistema político basado en el consenso".

Por su situación geográfica, por sus recursos naturales y por su posición político-estratégica, Sudáfrica es una pieza vital para el funcionamiento del sistema capitalista mundial. Por ello, un cambio político real en Sudáfrica —el pulmón de Occidente— significaría necesariamente un cambio cualitativo en la correlación de fuerzas internacionales. Para la seguridad nacional de Estados Unidos, Sudáfrica es más importante que Vietnam y tan indispensable (o tal vez más) que Centroamérica.

La percepción, por parte del gobierno de Estados Unidos, de una seria amenaza a la seguridad del

sistema sudafricano podría traducirse en una intervención militar directa de Estados Unidos. Por la trascendencia de Sudáfrica para el capitalismo internacional, la búsqueda de una salida para la crisis sudafricana (pese a los posibles costos político-económicos) tiende a convertirse en una prioridad para la seguridad nacional estadounidense.

La percepción estadounidense del apartheid

Desde Kennedy hasta Reagan hay una constante en la percepción estadounidense del sistema sudafricano: es definido como un fenómeno de segregación racial, moralmente equivocado, capitalista a pesar de ser racista, pues supuestamente las bases que sustentan al capitalismo son la democracia y la igualdad, además de la libre empresa. Pero la esencia del problema no es la discriminación racial en sí misma ni se trata de un problema moral. Es un modo de producción capitalista basado en la explotación de obreros necesariamente negros y semicautivos.

La segregación racial, como es concebida oficialmente en Estados Unidos, plantea los aspectos más superficiales del sistema sudafricano, como la exclusión de la gente negra de lugares públicos reservados para los blancos, situaciones aberrantes en sí mismas, pero el *apartheid* no es simplemente la segregación racial en el plano meramente social, es todo un sistema de explotación cimentado y justificado por una ideología racista. Sería imposible comprender a este sistema sin la base racial que lo sustenta y que sigue una lógica capitalista.

Al ser planteado como moralmente equivocado, se afirma que es factible provocar cambios en el sistema, con el paulatino abandono de la discriminación racial. Se supone que este abandono estará en relación directa con la "mo-

dernización" de la economía sudafricana, en la cual la gente competirá en el mercado de trabajo en forma independiente al color de su piel.

Los defensores de esta teoría parecen olvidar que la economía sudafricana, por su grado de evolución y modernización, está catalogada entre las seis primeras del mundo. La gran mayoría de la población negra trabaja en la minería y en la industria, en malas condiciones, en la minería en ocasiones a 3 mil 500 metros de profundidad, con salarios por debajo del mínimo para subsistir y con una esperanza de vida de 36 años en la minería y de 41 años para los obreros industriales. Ningún blanco aceptaría estos trabajos y un obrero realmente independiente plantearía demasiadas exigencias que subirían los costos de producción. Se afirma que el pago adecuado de la jornada laboral de la fuerza de trabajo negra haría incosteable la explotación minera en Sudáfrica.

En cuanto al principal movimiento de liberación en Sudáfrica, el ANC, es percibido por la política estadounidense como instrumento soviético para desestabilizar al régimen sudafricano. Esta falsa percepción se ha agudizado conforme el ANC ha intensificado las acciones violentas en contra del régimen.

Las diversas administraciones norteamericanas han demostrado su oposición al uso de la violencia como fuerza de cambio, convencidos de que el problema es moral y puede ser alterado en forma pacífica y voluntaria. Si se toma en cuenta la esencia del sistema sudafricano, la única posibilidad de obtener justicia e igualdad para los negros es mediante la destrucción de las estructuras establecidas.

En la óptica de Sudáfrica, que es adoptada como propia por Washington, todos los gobiernos de la región austral del continente africano que de alguna forma demuestran simpatía con el ANC

y con los grupos disidentes al interior de Sudáfrica son automáticamente calificados como propicios a la influencia soviética y por lo tanto podrían ser presa del "aventurerismo soviético". Por consiguiente, como el interés estratégico de Estados Unidos en la región es detener al comunismo, Estados Unidos tácitamente "legaliza" las acciones del régimen de Pretoria en contra de los Estados vecinos, pues como el fin es salvaguardar los intereses del capitalismo internacional, cualquier precio vale la pena.

La alianza hegemónica entre Washington y Pretoria no está

rota, está empantanada en sus propias contradicciones. Los cambios cualitativos surgidos en Sudáfrica y el desarrollo del movimiento anti-apartheid en Estados Unidos plantean la exigencia de revisar en forma crítica la tradicional percepción estadounidense del apartheid.

La alianza hegemónica entre Washington y Pretoria no podrá durar mucho y ante el triunfo futuro de la población negra, Washington quedará con algo más que un amargo sabor de boca: sin títeres ni socios que le garanticen el libre acceso a los recursos estratégicos.

